



Universidad Nacional de La Matanza  
*Secretaría de Ciencia y Tecnología*



Centro de  
Investigaciones  
Sociales  
UNLaM

N°206 abril 2026

# Síntesis Clave

## Boletín Informativo

ISSN 2344-9632

---

**Experiencias de resistencias:  
Huertas Urbanas Comunitarias en Buenos Aires**

Noelia Mailén Báez

---

**Universidad Nacional de La Matanza**

Rector: Dr. Daniel Martínez

Vice Rector: Dr. Fernando Luján Acosta

**Secretaría de Ciencia y Tecnología**

Secretario: Lic. Juan Pablo Piñeiro



## Centro de Investigaciones Sociales

### Síntesis Clave

Boletín Informativo

ISSN 2344-9632

#### **Coordinación General:**

Angélica De Sena

#### **Edición:**

Andrea Dettano, Victoria Mairano y Florencia Chahbenderian

#### **Maquetación:**


Florencia Bareiro Gardenal y Constanza Faracce Macia


#### **Contacto:**


Florencio Varela 1903,  
B1754 San Justo, Buenos Aires

[cis@unlam.edu.ar](mailto:cis@unlam.edu.ar)

[www.cis.unlam.edu.ar](http://www.cis.unlam.edu.ar)

 /cis\_unlam

 @cis\_unlam

 /cis.unlam

## Experiencias de resistencias: Huertas Urbanas Comunitarias en Buenos Aires

**Noelia Mailén Báez<sup>1</sup>**

UNLaM. Argentina.

*noeliamabaez@gmail.com*

---

Las huertas urbanas comunitarias emergen como espacios de resistencia frente al extractivismo urbano en la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense. A partir de experiencias y relatos de personas participantes, el artículo analiza cómo estos espacios producen vínculos, saberes y prácticas colectivas que disputan las lógicas hegemónicas de organización de la vida urbana.

---

---

<sup>1</sup> Licenciada en Trabajo Social. Becaria investigadora e integrante del Grupo de Estudios Pueblos Indígenas, Conflictos Ambientales y Territoriales (PICAT). Universidad Nacional de La Matanza.

## **Experiencias de resistencias: Huertas Urbanas Comunitarias en Buenos Aires**

### **Resumen:**

El presente artículo se inscribe en el trabajo de campo realizado en el marco del Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Matanza. Desde un enfoque cualitativo, se recuperan experiencias y registros producidos entre abril y junio de 2025 en diversas huertas urbanas comunitarias de la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense. El objetivo es analizar las experiencias de participación en estos espacios y su vinculación con el papel que las huertas desempeñan en la construcción de alternativas y formas de resistencia frente al extractivismo urbano. A partir del análisis, se sostiene que, en un contexto atravesado por procesos de despojo, fragmentación y silenciamiento de saberes, las huertas urbanas comunitarias se configuran como territorios fértiles de resistencia, donde se producen vínculos, saberes y prácticas que disputan las lógicas hegemónicas de organización del espacio y la vida urbana.

**Palabras claves:** Agroecología; Experiencias; Soberanía Alimentaria; Extractivismo.

## 1. Introducción

Desde las últimas décadas del siglo XX, la histórica división internacional del trabajo y de la naturaleza ha experimentado una reconfiguración en América Latina a partir de un proceso de reprimarización económica. Este fenómeno, caracterizado por la centralidad de un modelo agropecuario extractivo, no solo reorganizó las economías nacionales, sino que también produjo múltiples consecuencias sociales, ambientales y culturales (Giarraca y Teubal, 2013; Gudynas, 2009; Seoane et al., 2013).

Entre los impactos más relevantes se encuentran la degradación de los suelos, los riesgos sanitarios asociados al uso intensivo de agrotóxicos, la pérdida de biodiversidad y la disrupción de modos de vida (Guzmán, 2004; Toledo, 2011; Collado et al., 2013; Sarandón y Flores, 2014; Giraldo y Rosset, 2016). Estos procesos, que constituyen un cambio estructural en la manera de producir y habitar los territorios, configuran lo que Svampa y Viale (2014) denominan modelo de maldesarrollo. Dicho patrón expande la frontera agropecuaria a costa de desmontes, desplazamientos comunitarios y degradación ambiental, a la vez que profundiza desigualdades sociales y territoriales que se vuelven más difíciles de revertir con el paso del tiempo.

La baja rotación de cultivos, la erosión de suelos y el reemplazo de prácticas productivas ancestrales por tecnologías de alto impacto configuran un escenario de creciente desigualdad territorial. En tal sentido, se incrementan las llamadas zonas de sacrificio, es decir, territorios marginados que son entregados a la lógica extractivista bajo la promesa de desarrollo económico (Lerner, 2012). Las zonas de sacrificio son también el resultado de esas múltiples desigualdades arraigadas a lo largo del tiempo, lugares que han sido moldeados por la discriminación y estigmatización, cuyas poblaciones no han podido gozar efectivamente de los mismos derechos que el resto de la población (Lerner, 2012).

Este modelo implica, en términos más amplios, una transformación radical del vínculo entre sociedad y naturaleza. Los bienes comunes dejan de ser concebidos como elementos vitales que sostienen la reproducción de la vida, y pasan a ser entendidos como simples recursos económicos disponibles para su explotación. En este marco se instala una lógica de apropiación por despojo, en la cual la vida en su totalidad es mercantilizada y reducida a su valor de cambio (Gómez, 2022). La visión instrumental de la naturaleza se traduce en políticas públicas y prácticas empresariales que privilegian la rentabilidad de corto plazo, sin considerar los costos ambientales y sociales de largo plazo.

En las grandes ciudades, el extractivismo adopta formas específicas vinculadas a la especulación inmobiliaria, configurando lo que diversos autores denominan extractivismo urbano (Pintos y Astelarra, 2023; Reese, 2017; Vasquez Duplat, 2017). Este proceso implica la apropiación y mercantilización de bienes comunes —como tierras públicas, edificios estatales o espacios verdes— que pasan a regirse por la lógica del mercado y la rentabilidad, en detrimento del bienestar colectivo. Así, el

espacio urbano se reconfigura en función de la valorización del suelo, mientras la vivienda deja de concebirse como un derecho para transformarse en un activo financiero. Los barrios, a su vez, experimentan procesos de gentrificación y desplazamiento que diluyen sus identidades territoriales y marginan a sus habitantes de las decisiones sobre el territorio.

Como respuesta a este modelo, la soberanía alimentaria se posiciona como un horizonte alternativo. Entendida como el derecho de los pueblos a definir sus propias políticas y estrategias agrícolas, alimentarias y pesqueras, en función de sus realidades ecológicas, culturales, sociales y económicas, esta perspectiva cuestiona la lógica de la agricultura industrializada y los monopolios corporativos que controlan semillas, tierras y mercados (Gorban, 2010; Rulli et al., 2007; Desmarais, 2007). La soberanía alimentaria no solo permite visibilizar iniciativas populares orientadas a la producción y reproducción de la vida, sino que también habilita una lectura crítica sobre el modelo agroalimentario hegemónico y sus impactos sobre la salud, la cultura y el ambiente (Carballo y Gorban, 2011; Svampa, 2019).

La agroecología aparece como un paradigma alternativo que propone otro modo de concebir y practicar la producción. Se trata de un enfoque que promueve la diversificación productiva, la conservación del suelo, la recuperación de saberes ancestrales y la participación comunitaria (Altieri, 2009).

Desde esta mirada, se promueve una forma de producción de alimentos basada en el respeto a la biodiversidad, los saberes locales y la organización comunitaria (Desmarais, 2007; García Guerreiro y Wahren, 2016; Rosset, 2006; Altieri, 2009). Más allá de su dimensión agronómica, la agroecología es también una perspectiva política y cultural que cuestiona la lógica extractiva, visibiliza la importancia de los conocimientos locales y habilita formas colectivas de gestión de los bienes comunes. Desde este punto de vista, los conflictos por tierra, agua y territorio no son simples problemas técnicos ni ambientales, sino disputas profundamente políticas, donde se confrontan significados, usos y derechos (Merlinsky, 2020).

El presente artículo busca analizar las experiencias de personas que participan en Huertas Urbanas Comunitarias (HUC) en Buenos Aires, atendiendo a los sentidos que las y los referentes atribuyen a su participación, los aprendizajes que surgen de la práctica cotidiana y las formas de circulación, diálogo y resignificación de saberes que allí se desarrollan. A su vez, se vinculan estas experiencias con el papel que desempeñan las huertas en la construcción de alternativas y resistencias frente al extractivismo urbano.

## 2. Marco metodológico

El presente artículo se basa en el trabajo de campo desarrollado en el marco del Trabajo Final de Grado en la Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Matanza. La investigación, de enfoque cualitativo, retoma las

experiencias y registros producidos entre abril y junio de 2025 de referentes de diversas huertas urbanas comunitarias de la ciudad y el conurbano bonaerense. Los espacios relevados se ubicaron en los barrios de Floresta, Parque Avellaneda y Villa Pueyrredón (Ciudad Autónoma de Buenos Aires), así como en José León Suárez, en el partido de General San Martín (Provincia de Buenos Aires).

El abordaje empírico incluyó la realización de nueve entrevistas semiestructuradas a personas referentes de estas huertas, en su mayoría mujeres, con el propósito de reconstruir los sentidos, aprendizajes y prácticas que emergen de la participación cotidiana en estos espacios comunitarios.

El recorte espacial de la investigación responde a la trayectoria histórica que las HUC han adquirido en el Área Metropolitana de Buenos Aires, donde se desarrollan en ámbitos familiares, institucionales y comunitarios (Moricz, 2023). Estas experiencias colectivas se inscriben en un proceso más amplio vinculado al movimiento de agricultura urbana y al reconocimiento de la agricultura familiar y campesina, que hacia fines del siglo XX comenzó a ganar visibilidad como práctica social y política. En particular, durante la crisis social y económica de comienzos del siglo XXI, las asambleas barriales de la Ciudad de Buenos Aires y del conurbano incorporaron las HUC como parte de sus estrategias de organización y acción colectiva (Moricz, 2023).

El análisis se realiza desde la perspectiva de la ecología política, desde los aportes de Rosset (2006), Desmarais (2007), Walsh (2009) y Martínez Alier (2021), quienes destacan el carácter integral, relacional y político del derecho a una alimentación adecuada, segura y culturalmente pertinente. Este enfoque permite situar las huertas comunitarias como espacios donde se disputan sentidos en torno a la producción y el consumo de alimentos, las formas de organización social y la relación con el ambiente en contextos urbanos atravesados por desigualdades estructurales.

A partir de la revisión de literatura especializada y del análisis de las fuentes primarias obtenidas en campo, se plantea la siguiente pregunta de investigación: ¿Qué produce la participación en huertas urbanas comunitarias agroecológicas en las personas referentes de dichos espacios? Desde esta perspectiva, y siguiendo a Moricz (2023), se parte del supuesto de que las huertas urbanas exceden su función productiva, cuestionan la lógica extractivista y se constituyen como espacios de resistencia.

### **3. Experiencias de participación en Huertas Urbanas Comunitarias**

Las HUC pueden definirse como espacios públicos gestionados colectiva y participativamente, destinados al cultivo de alimentos y a la jardinería. Suelen desarrollarse en terrenos abandonados o zonas verdes dentro del entorno urbano.

Estos espacios funcionan como sistemas socioecológicos que, aunque delimitados espacialmente, se integran al tejido urbano y son gestionados, en general, por personas o grupos auto-organizados. En ellos se desarrollan prácticas vinculadas a la domesticación, diversificación y producción agrícola, incluyendo el cuidado de semillas y plantas. La agricultura urbana que se expresa en las huertas no solo busca satisfacer necesidades alimentarias, sino también recreativas, medicinales e identitarias (Ibarra et al., 2019). Además, cumplen un rol clave en la recuperación de saberes ancestrales a través de métodos como la transmisión oral, la práctica cotidiana y el diálogo de saberes. En este sentido, se constituyen en espacios de resistencia frente a las lógicas de homogeneización alimentaria y la producción agrícola industrializada, que atentan contra la salud humana y no humana.

En primer lugar, la huerta del Corralón constituye un espacio comunitario con más de dos décadas de trayectoria, originado a comienzos de los años 2000 en el marco de la Asamblea de Floresta y de diversos colectivos barriales que desarrollaban actividades culturales y formativas en el antiguo predio del Corralón. Desde sus inicios, el espacio se consolidó como un ámbito de participación vecinal sostenido por sucesivas generaciones de habitantes del barrio, quienes impulsaron prácticas vinculadas al cultivo agroecológico y al cuidado colectivo del territorio. En este sentido, la huerta articula con instituciones educativas cercanas, cuyos docentes y estudiantes participan de actividades formativas. Actualmente, ocupa aproximadamente 900 metros cuadrados organizados en distintos sectores, entre los cuales destaca el espacio denominado Huvaití —término guaraní que significa “salir al encuentro”—, que expresa la dimensión comunitaria del proyecto. Asimismo, la incorporación de plantas nativas en los alrededores del cultivo busca fortalecer la biodiversidad local mediante la creación de corredores biológicos. A su vez, los participantes promueven instancias regulares de intercambio de saberes, tales como talleres de huerta, reconocimiento de especies nativas e intercambio de semillas, además de actividades abiertas al barrio y colaboraciones con especialistas.

**Imagen 1. Participantes “del corralón” trabajando en la huerta**



Fuente: Fotografía propia tomada en trabajo de campo, julio 2025.

En segundo lugar, la huerta La Unión se ubica en terrenos ferroviarios de la línea Mitre, próximos a la estación Migueletes y al puente General Paz. Allí, en un área previamente abandonada, se conformó durante la pandemia un espacio comunitario que, con más de cinco años de trayectoria, fue declarado de interés social y ambiental por la Legislatura porteña. El proyecto cuenta con un pequeño invernadero, un sector de compostaje y una amplia superficie destinada al cultivo, donde predominan las plantas nativas, orientando sus prácticas a la recuperación del ambiente y a la promoción de la biodiversidad local. Asimismo, la huerta integra la Red de Huertas Comunitarias Agroecológicas de Argentina y forma parte de la iniciativa “Ruta Verde”, un proyecto ciudadano que busca generar corredores biológicos a escala continental, articulando espacios verdes que favorezcan el desplazamiento y la reproducción de flora y fauna nativas como estrategia de adaptación frente al cambio climático. Además, funciona como un espacio de encuentro comunitario donde se desarrollan actividades culturales al aire libre y talleres de agroecología, compostaje y cultivo de especies nativas, consolidando su rol en la participación y el fortalecimiento de vínculos territoriales.

**Imagen 2. Cartelería que indica la participación de la huerta en el proyecto “Ruta Verde”**



Fuente: Fotografía cedida por integrante de la huerta.

En tercer lugar, la huerta comunitaria de Parque Avellaneda se inscribe en un marco institucional singular dentro de la Ciudad de Buenos Aires, dado que el parque constituye una unidad ambiental de gestión asociada regida por la Ley 1.153. En este marco, la Mesa de Trabajo y Consenso (MTC) actúa como órgano de planificación, monitoreo y orientación del Plan de Manejo, integrando organismos estatales, organizaciones sociales y vecinxs en un esquema de gobernanza que reconoce al parque como un espacio común urbano. Actualmente, la recuperación de la huerta se sostiene a partir de la organización y el trabajo colectivo de vecinxs y trabajadores del parque, quienes buscan reactivar su dimensión comunitaria y ambiental. En este espacio se desarrollan talleres de huerta agroecológica y diversas actividades abiertas a la comunidad, como talleres de plantas medicinales, propuestas de folklore, espacios de recreación y arte, orientadas a promover la educación ambiental y la participación barrial. De este modo, la huerta reafirma su rol como espacio formativo, cultural y de construcción comunitaria.

### Imagen 3. Taller de plantas medicinales



Fuente: Fotografía propia tomada en trabajo de campo, julio 2025.

Por último, la huerta comunitaria El Ranchito Corea, ubicada en José León Suárez (partido de General San Martín), se configura como un espacio de encuentro y práctica agroecológica orientado al intercambio con infancias y adolescencias. En este caso, se inserta en un territorio atravesado por profundas desigualdades socioambientales, particularmente por la presencia del complejo del CEAMSE (Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado), encargado de la gestión y disposición final de los residuos del AMBA (Área Metropolitana de Buenos Aires), lo que le otorga un carácter formativo y político específico. En una zona donde amplios sectores de la población conviven con los impactos del basural y sus efectos sobre la salud y el ambiente, la huerta articula el trabajo con la tierra con la problematización de estas formas de injusticia ambiental. Asimismo, con una mirada orientada al aprendizaje colectivo, se desarrollan actividades que involucran a niñas y adolescentes en el cultivo y cuidado del entorno, promoviendo la apropiación de saberes vinculados a la agroecología, la alimentación saludable y el cuidado del ambiente.

#### Imagen 4. Niños y adolescentes cultivando en la huerta



Fuente: Fotografía cedida por integrante de la huerta.

#### 4. Experiencias y trayectorias en las huertas comunitarias

En este apartado se presentan las experiencias de las personas que participan en dichas huertas, poniendo el foco en los sentidos y significados que le atribuyen a su participación. El análisis recupera cómo dichas experiencias se entraman con las historias personales, las trayectorias de vida y los saberes previos de quienes integran estos espacios, buscando comprender de qué manera la práctica cotidiana en la huerta se vincula con procesos más amplios de pertenencia y resistencia en el territorio.

Las narrativas recogidas en las entrevistas revelan una estrecha vinculación entre la participación en las huertas urbanas y las memorias de infancia asociadas al ámbito rural o al cultivo familiar. Para varias de las personas entrevistadas, trabajar la tierra representa una manera de reconectarse con esos saberes y experiencias, otorgando a la práctica un sentido de continuidad y reencuentro con su propia historia.

En las huertas estamos recuperando semillas de alimentos que ya están medio desapareciendo y que no están disponibles en la verdulería. Yo recuerdo el hinojo que es algo que comía de chica y cosechábamos al costado de la autopista (...) y hoy tenemos hinojo en la huerta, entonces se rememora como añoranza, como un recuerdo (Irma, integrante de la huerta El Ranchito, 17 de junio del 2025).

Estos recuerdos no solo remiten a prácticas concretas del pasado, sino que expresan modos de vinculación con el ambiente y con la alimentación que poseen un profundo valor simbólico y afectivo, y que hoy se reactualizan en el espacio urbano. La evocación de las huertas familiares, así como el recuerdo de algunos sabores y aromas, trasciende la dimensión anecdótica para configurarse como una huella de la relación entre las personas, el ambiente y los alimentos entendidos como bienes cargados de sentido. En esta línea, Giraldo y Toro (2020) sostienen que el territorio se convierte en un espacio de afectividad, cuidado y reconstrucción del tejido comunitario, donde la producción de alimentos se resignifica como una práctica de memoria, de defensa de la vida y de proyección hacia futuros más justos.

En los relatos, también emergen con fuerza motivaciones vinculadas al deseo de salir del encierro cotidiano, especialmente en contextos marcados por el trabajo remoto, la hiperconectividad digital y el consecuente aislamiento social que estos generan. La participación en la huerta aparece como una respuesta concreta frente a estas formas de aislamiento, no solo como un modo de socializar, sino también como una forma de reconfigurar el cuerpo y la percepción del tiempo y del espacio.

Estoy pegada a la computadora todo el día, entonces para mí es vital salir de la computadora y no tener que estar metida dentro de un espacio enfrente de una pantalla (Julia, integrante de la huerta de Parque Avellaneda, 2 de julio del 2025).

A partir del trabajo de campo y de la escucha atenta de los relatos de las personas entrevistadas, se identifica como una motivación recurrente el deseo de recomponer vínculos barriales y generar espacios de encuentro con otrxs. Esta lectura analítica surge de la interpretación de las experiencias narradas, que permiten dar cuenta de cómo, en un contexto marcado por el aislamiento en lo privado, las huertas comunitarias habilitan formas alternativas de relacionarse. Las tareas cotidianas que se desarrollan en estos espacios como regar, sembrar, planificar y cosechar demandan necesariamente el trabajo conjunto y favorecen prácticas de cooperación que reactivan el sentido de comunidad. Desde esta perspectiva, las huertas no solo funcionan como ámbitos productivos, sino también como territorios donde se construyen vínculos horizontales, se fortalecen redes solidarias y se ensayan modos de organización colectiva que contrastan con las lógicas individualistas predominantes. En este sentido, y a partir del análisis del material empírico, se sostiene que en las huertas comunitarias se cultivan no solo alimentos, sino también relaciones sociales y experiencias compartidas. Como expresaron algunxs entrevistadxs:

Es muy lindo encontrarse con vecinos. Tipo una sensación de comodidad más real, esa vieja sensación de que el vecino importa o que si pasa algo conocés a

alguien, distinta a esta sensación de que todos estamos muy aislados dentro de nuestras casas (Julia, integrante de la huerta de Parque Avellaneda, 2 de julio de 2025).

La parte social, la parte de relacionarse con otra gente, que venga gente nueva todo el tiempo... yo soy dibujante y trabajo solo en mi casa, no me relaciono con nadie y me gusta esa parte. Pero me obligo a sacarme de mi zona de confort y tengo una recompensa. Me voy a mi casa con algo que no tengo en mi casa (León, integrante de la Huerta del Corra, 8 de junio de 2025).

En este sentido, entendemos que participar de una huerta permite a muchas personas romper con la lógica acelerada que impone la vida en la ciudad. En contraste con la rutina marcada por la productividad constante y el estrés cotidiano, la huerta ofrece un espacio donde el tiempo se experimenta de otro modo. Sembrar, regar, esperar que una planta crezca, observar los ciclos naturales, todo eso requiere paciencia, atención y presencia. Las tareas de la huerta no se pueden apurar: invitan a una temporalidad más lenta y conectada con los ritmos del ambiente. La huerta produce un espacio-tiempo alternativo, donde el cuerpo se mueve, se ensucia, siente y se vincula con otros y con el ambiente desde una lógica distinta a la del rendimiento o la productividad solitaria.

Por otro lado, en los relatos se destaca la centralidad de la idea de “contagiar” el hábito y el deseo de cultivar, como una forma de transmitir no solo una práctica, sino también una postura frente al modo en que hoy se producen y consumen los alimentos. La huerta se configura en una experiencia transformadora no solo a nivel individual, sino también en su potencia expansiva hacia otras personas. Quienes cultivan en HUC no lo hacen únicamente para su autoconsumo, sino con la intención de generar una conciencia crítica sobre lo que se come, sobre los procesos de producción industrial que dominan el mercado y sobre las consecuencias del uso de agrotóxicos.

Estamos haciendo la huerta por la conciencia de lo que es la naturaleza y se lo queremos transmitir a los chicos que vienen que vienen a visitarnos, a los chicos de primaria, secundaria, la escuela especial y les transmitimos esto de la importancia de la naturaleza de tener conciencia, del cuidado (...) Bueno y esto tiene su fruto, más allá que sean frutos literales, tiene sus frutos: a cuántos se lo podés contagiar (León, integrante de la Huerta del Corra, 8 de junio de 2025).

En este sentido, el acto de contagiar la práctica representa también un gesto de resistencia frente al modelo de consumo hegemónico, la huerta ofrece una práctica situada, autónoma, crítica y compartida. La soberanía alimentaria, entonces, no se enuncia solamente como consigna, sino que se encarna en cada acto de sembrar, cosechar, intercambiar saberes y alimentos, y sobre todo, en cada acto de *contagiar* la convicción de cuidar el ambiente.

Los relatos contruidos producto del trabajo de campo evidencian que la participación en HUC no se reduce a la actividad productiva de alimentos. Por el contrario, se configura como una experiencia cargada de sentidos, que transforma experiencias, cuerpos y vínculos. La memoria de las huertas familiares, los saberes heredados, la necesidad de conexión con la tierra, el deseo de salir de la virtualidad y el encuentro con vecinos/as se traducen en prácticas colectivas que producen otras formas de estar, hacer y sentir en la ciudad. Estos sentidos compartidos se inscriben como resistencia frente a un contexto atravesado por la lógica del capital, que estructura modos de vida centrados en la acumulación, la fragmentación social, la aceleración del tiempo y la mercantilización del espacio.

## 5. Aprendizajes situados: saberes, prácticas y experiencias en la huerta

Rossi (2020) afirma que hemos forjado imaginarios, corporalidades y sentimientos desterritorializados, extrañándolos de las condiciones comunales de habitación y del sentimiento de reconocerse pertenecientes a la tierra. En este sentido, la participación en las huertas producen una transformación en la percepción del propio cuerpo, en el modo de habitar, el acto de alimentarse y en la relación con los alimentos que se consumen cotidianamente. Lo significativo de dicho aprendizaje reside en que se vuelve parte de una forma distinta de percibir el cuerpo y actuar en el mundo.

Además, la conciencia sobre el uso de agrotóxicos en los alimentos muchas veces se traduce en prácticas concretas: huertas en casa, consumo más consciente, reducción del uso de productos procesados e intercambio de semillas. Así, estos aprendizajes trascienden lo individual y se proyectan hacia la acción y lo colectivo, en tanto implican, tal como fue desarrollado en el apartado anterior, el deseo de compartir, contagiar y expandir estas formas de producir y pensar los alimentos.

(...) tener conciencia de lo que estoy consumiendo, de los venenos, la cantidad de venenos, las cosas que compramos en la verdulería, los alimentos procesados. Antes no tenía ni idea de lo que me metía adentro y de las consecuencias que tenía dentro de mi cuerpo y ahora creo que me estoy alimentando súper bien. Tengo huerta en mi casa, trato de consumir lo menos posible verdulería. Aunque siga haciéndolo pero con conciencia de lo que estoy comiendo (Silvina, integrante Huerta del Corra, 8 de junio de 2025).

Otro de los aprendizajes que emergen con fuerza en los relatos es la revalorización del alimento como medicina y forma de cuidado. En la experiencia de la huerta, muchas personas redescubren saberes ligados al uso de plantas medicinales, los cuales históricamente han sido transmitidos de forma intergeneracional, sobre todo por mujeres (Shiva y Mies, 1993), y que en gran parte han sido desplazados por la medicalización de la vida y el avance de la industria farmacéutica. En contraposición

a un modelo que promueve el consumo indiscriminado de productos químicos para resolver malestares, sostenido por la publicidad, en las huertas urbanas comienza a producirse otro vínculo con el cuerpo y la salud.

La recuperación de prácticas como la herboristería, el uso de yuyos o infusiones, se da en un marco donde esos saberes no se separan del hacer, sino que se reactivan a partir del contacto directo con la tierra. Sembrar, cuidar y cosechar plantas con propiedades medicinales implica no solo una apropiación del conocimiento, sino también una resignificación de los modos de habitar y cuidar la vida. Esta práctica tiene un profundo valor simbólico, ya que se trata de cultivar con las manos aquello que luego servirá para curar. Una entrevistada lo expresó al señalar que la huerta amplió su mirada sobre el cuidado de la salud y le permitió dejar atrás ciertos hábitos de automedicación.

Con la huerta se fue ampliando mucho mi mirada sobre dejar de automedicarme con productos que la farmacia me ofrecía, que el mercado me ofrecía, pero que te matan (...) empecé a buscar cuáles son los yuyos que verdaderamente me pueden ayudar en la recuperación de la salud integral (Irma, integrante de la huerta El Ranchito, 17 de junio del 2025).

En este sentido, se observa una recuperación activa de saberes populares y ancestrales que dialogan con las condiciones actuales, y que permiten construir alternativas a los modelos dominantes de salud. Estas prácticas forman parte de una lucha y resistencia por revalorizar formas de vida que han sido históricamente marginadas.

Giraldo y Toro (2020) proponen pensar los saberes ambientales como formas de saber-habitar, construidas en y a partir del cuerpo. Están mediados por nuestras capacidades sensibles y empáticas, y se aprenden mediante afectaciones, emociones, percepciones y sentimientos que dotan de sentido a la experiencia. No se trata de una sensibilidad difusa hacia todo lo que nos rodea, sino de saberes prácticos, orientados a la acción, en los que el cuerpo selecciona y reelabora lo significativo según las intenciones y necesidades cotidianas. Así, en las HUC, el saber ambiental se configura como una práctica viva, en constante construcción colectiva, que articula memoria, cuerpo, afecto y transformación.

## **6. Producción colectiva de conocimientos en la huerta**

Lejos de los modelos jerárquicos y estructurados propios de los espacios formales de enseñanza, en las huertas los aprendizajes emergen en la práctica, en el hacer compartido, en la observación, en la conversación, en la escucha activa. Son saberes que se gestan en la experiencia situada y colectiva, y que no responden

a lógicas formales. Aprender en la huerta es, antes que nada, estar disponible para lo que ocurre allí, abrirse a lo que surge de forma muchas veces inesperada y, en ese gesto, producir conocimiento de forma situada.

En la huerta aprendí observando, haciendo y escuchando. A veces en talleres, otras veces en la charla del día a día con otros huerteros o vecines que pasan y cuentan algo. También aprendo mucho del error, de probar y ver qué funciona (Luis, Huerta La Unión, 3 de julio del 2025).

La transmisión de saberes en las huertas no se limita a talleres o instancias formales de formación, sino que se produce, en gran parte, en la cotidianidad: una conversación en medio del riego o una observación durante la siembra. Tal como plantean González y Azuaje (2008) los saberes populares suelen ser transmitidos a través de prácticas cotidianas aparentemente simples, pero que expresan el sentido común de los pueblos, arraigadas en la experiencia concreta y en la vida cotidiana.

La interacción entre saberes populares y expertos permite construir saberes situados que también fortalecen la apropiación del espacio y el sentido de pertenencia. Por eso, el diálogo de saberes reconoce la legitimidad de todas las formas de conocimiento, y las pone al servicio de la comunidad, de sus necesidades y de sus proyectos, sin desconocer las historias ni las experiencias de quienes sostienen cotidianamente estos espacios.

En este sentido, los saberes que circulan en las HUC cuestionan la lógica de la colonialidad del saber (Quijano, 2000), entendida como una forma de jerarquización del conocimiento que desvaloriza la diversidad y silencia las voces y experiencias que no se ajustan al canon hegemónico. Esta forma de dominación epistémica continúa vigente en la actualidad, especialmente en los espacios institucionales y profesionales del saber, donde ciertas formas de conocimiento consideradas científicas, objetivas o neutras adquieren autoridad para definir cómo se conciben, organizan y habitan los territorios urbanos. En contraste, las HUC ponen en valor saberes locales, populares y situados, que se transmiten a través de la experiencia y la práctica cotidiana, y que cuestionan directamente muchas de las afirmaciones sostenidas por el conocimiento dominante, como la supuesta inocuidad de los agrotóxicos en los cultivos. Así, estos espacios se convierten en territorios donde se cultiva pensamiento crítico, resistencia epistémica y horizontes alternativos de vida.

## 7. Conclusiones

En este artículo, se propuso analizar las experiencias de personas que participan en HUC y vincular estas experiencias con el papel que desempeñan las huertas en la construcción de alternativas y resistencias frente al extractivismo

urbano. De este modo, se han realizado nueve entrevistas semiestructuradas a personas referentes de estos espacios, en su mayoría mujeres.

En tal sentido, de las nueve personas entrevistadas, seis fueron mujeres, lo que da cuenta de una tendencia que se repite en muchos de estos espacios: la participación activa, sostenida y comprometida de mujeres en las huertas. No solo son mayoría en términos de presencia, sino también en lo que respecta al sostenimiento cotidiano de las prácticas, a la transmisión de saberes, al cuidado del ambiente y a la construcción de comunidad. Esta recurrencia invita a pensar con mayor detenimiento y profundizar el análisis sobre el rol que las mujeres, y otras identidades feminizadas, ocupan en estos espacios, especialmente considerando cómo el trabajo con la tierra, el cultivo de alimentos y el cuidado de la vida han sido históricamente tareas feminizadas, muchas veces desvalorizadas o invisibilizadas.

En un sistema que promueve la fragmentación y el olvido como norma, recuperar memorias y saberes, y sostener una mirada crítica sobre el presente, se convierte en un acto profundamente político. Las HUC habilitan estos procesos como experiencias colectivas que resisten la lógica del aislamiento. Hablar de lo que se recuerda, de lo que se trae del pasado, sea una forma de cultivar o un conocimiento sobre plantas medicinales, implica romper con la desmemoria. Más aún, es una manera de afirmar una identidad compartida y de tejer sentidos comunes que se oponen a la mercantilización de los vínculos. En este contexto, el gesto de nombrar, compartir y valorar esos saberes encarnados representa también una forma de construir comunidad, un ejercicio de resistencia frente al modelo dominante que busca moldear sujetos desconectados, indiferentes e individualistas. Las huertas, como espacios de intercambio, cuidado y acción colectiva, se configuran así como territorios donde la memoria se hace presente y el conocimiento situado se transforma en herramienta para pensar y construir una vida más solidaria.

Frente a un modelo de desarrollo que avanza arrasando montañas, contaminando ríos y expulsando comunidades, se vuelve urgente recuperar otras formas de habitar la tierra. En este escenario de despojo, fragmentación y silenciamiento de saberes, las HUC aparecen como pequeños territorios fértiles de resistencia. Poner las manos en la tierra no es solo cultivar alimentos: es producir memoria, vínculo, sentido y comunidad. Es disputar la lógica hegemónica con prácticas que revalorizan la vida en todas sus formas. Volver a la tierra, en contextos urbanos donde todo empuja al aislamiento, la velocidad y el consumo, es una apuesta política y afectiva que desafía las lógicas extractivistas y mercantilizantes. Es también una forma de sostener la esperanza: en cada semilla compartida, en cada saber transmitido, en cada vínculo tejido entre quienes cultivan colectivamente, se construyen horizontes alternativos posibles.

## Referencias bibliográficas

- Altieri, M. A. (2009). Escalonando la propuesta agroecológica para la soberanía alimentaria de América Latina. *Agroecología*, 4, 39–48.
- Carballo, C., & Gorban, M. K. (2011). Soberanía alimentaria y producción de alimentos en Argentina. En M. K. Gorban et al. (Eds.), *Seguridad y soberanía alimentaria* (pp. 11–48). Colección Cuadernos.
- Collado, Á. C., Gallar, D., & Candón, J. (2013). Agroecología política: Transición social hacia sistemas agroalimentarios. *Revista de Economía Crítica*, (16), 244–277.
- Desmarais, A. A. (2007). *La Vía Campesina: La globalización y el poder del campesinado*. Prometeo.
- García Guerreiro, L., & Wahren, J. (2016). Seguridad alimentaria vs. soberanía alimentaria: La cuestión alimentaria y el modelo del agronegocio en la Argentina. *Trabajo y Sociedad*, (26), 327–340.
- Giarraca, N., & Teubal, M. (Coords.). (2013). *Actividades extractivas en expansión: ¿Reprimarización de la economía argentina?*. Antropofagia.
- Giraldo, O. F., & Rosset, P. M. (2016). La agroecología en una encrucijada: Entre la institucionalidad y los movimientos sociales. *Guaju*, 2(1), 14–37.
- Giraldo, O. F., & Toro, I. (2020). *Afectividad ambiental: Sensibilidad, empatía, estéticas del habitar*. El Colegio de la Frontera Sur, Universidad Veracruzana.
- Gómez, E. (2022). *La cuestión alimentaria en Argentina: Entre la emergencia y la soberanía*. CONICET.
- González, Z., & Azuaje, E. (2008). Saberes populares: Voces ágrafas del espacio local comunitario. *Geoenseñanza*, 13(2), 233–242.
- Gorban, M. (2010). Hablemos de soberanía alimentaria. *Diaeta*, 28(131), 18–19.
- Gudynas, E. (2009). Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo: Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual. En J. Schuldt et al. (Eds.), *Extractivismo, política y sociedad* (pp. 187–225). CAAP-CLAES.
- Guzmán, E. S. (2004). *La agroecología como estrategia metodológica de transformación social*. Instituto de Sociología y Estudios Campesinos.
- Ibarra, J. T., Caviedes, J., Barreau, A., & Pessa, N. (Eds.). (2019). *Huertas familiares y comunitarias: Cultivando soberanía alimentaria*. Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Lerner, S. (2012). *Sacrifice zones: The front lines of toxic chemical exposure in the United States*. MIT Press.

- Martínez Alier, J. (2021). *Ecologismo de los pobres: Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Icaria.
- Merlinsky, M. G. (2020). *Cartografías del conflicto ambiental en Argentina III*. Ciccus.
- Moricz, M. (2023). *Estrategias de resistencia y horizontes comunitarios en las economías populares: Un estudio a partir de las prácticas agrícolas urbanas en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2015-2023)* [Tesis de maestría, Universidad Nacional de General Sarmiento].
- Pintos, P., & Astelarra, S. (Comps.). (2023). *Naturalezas neoliberales: Conflictos en torno al extractivismo urbano-inmobiliario*. El Colectivo.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder y clasificación social. *Journal of World-Systems Research*, 6, 342-386.
- Reese, E. (2017). Extractivismo urbano en la Región Metropolitana de Buenos Aires: Resistencia a los atropellos del mercado de suelo a la luz de la Ley 14.449 de acceso justo al hábitat. En A. M. Vasquez Duplat (Comp.), *Extractivismo urbano: Debates para una construcción colectiva de las ciudades* (pp. 40-158). Fundación Rosa Luxemburgo, CEAPI.
- Rossi, L. J. (2020). Alimentación en tiempos de crisis ecológica: Entre el consumo responsable y el tejido de una nueva comunalidad alimentaria. *Estudios Sociológicos*, (67), 67-91.
- Rulli, J., Boy, A. & Grupo de Reflexión Rural. (2007). Monocultivos y monocultura: La pérdida de la soberanía alimentaria. En J. Rulli (Coord.), *Repúblicas Unidas de la Soja. Realidades sobre la producción de soja en América del Sur* (pp. 72-84). GRR.
- Sarandón, S. J., & Flores, C. C. (2014). *Agroecología*. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.
- Seoane, J., Taddei, E., & Algranati, C. (2013). *Extractivismo, despojo y crisis climática: Desafíos para los movimientos sociales y los proyectos emancipatorios de Nuestra América*. Herramienta, El Colectivo.
- Shiva, V., & Mies, M. (1993). *Ecofeminismo: Teoría, crítica y perspectivas*. Icaria.
- Svampa, M. (2019). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina: Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. Bielefeld University Press.
- Svampa, M., & Viale, E. (2014). *Maldesarrollo: La Argentina del extractivismo y el despojo*. Katz.
- Toledo, V. M. (2011). La agroecología en Latinoamérica: Tres revoluciones, una misma transformación. *Agroecología*, 6, 37-46.

Vasquez Duplat, A. M. (Comp.). (2017). *Extractivismo urbano: Debates para una construcción colectiva de las ciudades*. Fundación Rosa Luxemburgo, CEAPI, El Colectivo.

Walsh, C. (2009). *Interculturalidad, Estado, Sociedad: Luchas (de) coloniales de nuestra época*. Universidad Andina Simón Bolívar/Abya Yala.